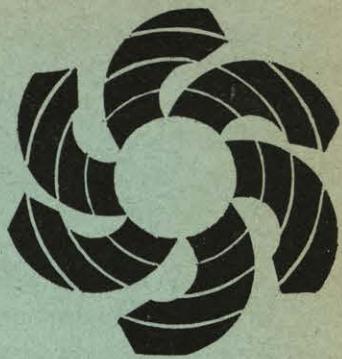

EL INMIGRANTE Y LA CIUDAD



P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS.

En el artículo de esta Revista correspondiente al mes de junio escribí unas notas acerca de "la ciudad y el hombre". En él intenté hacer ver cómo el hombre vive más atenido a su entorno de lo que nuestro afán de independencia está dispuesto a reconocer, y acusa en su vida de modo patente las hondas huellas que en ella va trazando el horizonte vital en que se mueve. En este artículo me preocupaba la fisonomía de la ciudad desde la vertiente del que ha de ser, en parte, creador de la misma: el arquitecto urbanista. Hoy me incumbe analizar lo que ofrece la ciudad al que accede a ella en una situación de desamparo.

EL INMIGRANTE Y EL DESAMPARO

Esto es justamente el inmigrante: un desamparado. Pues para in-migrar se requiere fatalmente e-migrar, que es tanto como desenraizarse, quemar las naves ante un mundo exótico y, a menudo, hostil. Nada extraño que el inmigrante sea por principio un desconcertado, ya que el hombre, como la planta, tiende por constitución a echar raíces y anclarse en suelo firme. El suelo del hombre es el ámbito confiado en que desarrolla su vida al amparo de un clima de intimidad y mutua comprensión.

Interesa mucho notar a este respecto que el inmigrante que se ve forzado a hacer obligada escala en el suburbio antes de pasar a la ciudad propiamente tal no echa raíces, aunque esta forma de existencia precaria se prolongue indefinidamente hasta amenazar convertirse en perpetua.

Hace algún tiempo, un periodista alemán publicó un reportaje impresionante: el famoso "abbé" Pierre abandonaba definitivamente su obra no sólo por desfallecimiento físico, sino, ante todo, por desilusión. Había ayudado a los necesitados del suburbio parisense en la esperanza de que, a medida que ascendían algunos de nivel de vida, fuesen ayudando

a otros, y se formase así una reacción en cadena que significaría, en breve, la redención del suburbio. Esta reacción no se produjo, y el amigo de los pobres, con la salud seriamente quebrantada, se retiró a un sanatorio suizo con la amargura del fracaso.

Es éste un suceso en extremo penoso, pero previsible, porque en el suburbio se vive en actitud penúltima. Nadie piensa echar raíces en él, ni se considera ciudadano suyo. En general, el hombre mira la pobreza no como algo estable y definitivo, sino como una situación de paso. La gente del suburbio vive de modo provisional, sobre el estribo de un tren que está a punto de partir para un país de esperanza. Por eso se encuentra espiritualmente más cerca de los que habitan en la ciudad que de sus vecinos de infiernillo, compañeros ocasionales de andén.

Pero sucede que a veces el tren no llega nunca, y el andén desamparado, abierto a todos los vientos, cercano a docenas de caminos de hierro que no acaban de conducir a ninguna parte, se va convirtiendo día a día en eterno lugar de habitación, algo marginal y sin sentido, como un grito aislado, una conjunción a solas, un sitio hecho más para pasar que para estar. De ahí que cuando alguien, un buen día, se ve redimido de esa situación, apenas consagre a quienes quedan atrás sino uno de esos precipitados gestos de despedida propios de los viajes.

Por eso es la labor en el suburbio tan importante y huidiza, a la par, como la de las misiones de estación: todo se limita a señalar a cada viajero el tren de su destino. Una vez en él, casi no resta tiempo para una palabra de adiós.

Muchas familias llegan a la ciudad por la ilusión de un jornal periódico. Confían en que el ahorro y la buena suerte les permitirán algún día situarse. Pero, a veces, una enfermedad imprevista, un accidente, un azar desafortunado cualquiera viene a dar

carácter de perpetuidad a lo que se tomó en principio como mero compás de espera.

La obra de promoción social en los suburbios tiene, como los médicos, a dar a sus clientes de alta, y, en tanto esa hora no llega, infundir a la espera la indispensable esperanza.

Ahora bien: que el inmigrante se resista a enraizarse en la tierra inhóspita del suburbio es fácilmente explicable por falta del mínimo confort que exige una vida digna. Pero un análisis hondo del problema nos insta a formular, de modo más radical, la siguiente pregunta: ¿Puede el hombre asediado de hoy enraizarse, rigurosamente hablando, en los medios urbanos de la época? ¿Es el asfalto de nuestras ciudades suelo nutriente para acoger la voluntad de arraigo del inmigrante?

LA EMIGRACION Y SUS PERDIDAS

No es éste lugar para entonar un himno a la vida del campo y aldea, ni para ponderar las excelencias que ésta pueda exhibir. Suficientemente se ha escrito, tal vez, de ello. Sólo me interesa advertir, muy en general, que el campesino se halla inscrito en un entorno bien delimitado, con usos y costumbres bien perfilados a lo largo de una tradición conservada con espíritu tenaz. En lenguaje actual podríamos decir que la aldea y el pueblo pequeño tienen, de ordinario, un "rostro", una fisonomía peculiar en la cual se siente el hombre protegido por esa especie de amparo metafísico que es la caracterización. Fruto de la caracterización es la jerarquía, que estructura y ordena el conjunto de individuos. En la aldea se conservan con bastante fidelidad los órdenes naturales del tiempo y las categorías sociales impuestas por la diversidad de profesiones. El campesino sabe guardar las leyes de la tierra, y en su temple está grabada la actitud ancestral de espera del sembrador que deja la semilla al amparo del surco abierto con sudor y esperanza.

El labrador—escribí hace algún tiempo en esta misma Revista—recoge la cosecha con piedad—amor reverente—, y enseña a sus hijos a besar el pan. El trigo es un don que Dios deposita en el campo. El campo es un lugar de misterios, algo sagrado.

EL EMIGRANTE Y LA CIUDAD

Pero he aquí que un día el campesino se va a la ciudad y empieza a traficar con los frutos en vez de crearlos en respetuoso intercambio de trabajo con la Naturaleza: su sentimiento de piedad y reverencia hacia la Tierra decrece, y el Universo poblado de misterio se trueca en algo superficial y alucinante, un inmenso mercado.

El hombre del tiempo de Kant—escribe Peter Wust—no quería colaborar con la Naturaleza, sino

dominarla. Por eso tuvo tanto éxito la retracción kantiana, y el alma des-armónica (sentimental) de Rousseau no cesó de exigir la vuelta a la Naturaleza pura. Más tarde Spengler pediría lo contrario: llevar ese proceso de falta de piedad hasta el final, esto es, hasta la soledad y el desarraigamiento de la máxima obstinación y ceguera.

Pero sin respeto a la Naturaleza no se puede tenerlo al hombre, que ofrece más amplio botín al propio egoísmo. El hombre se enfrenta entonces a sus semejantes, y la "comunidad" (cuerpo de relaciones sociales fundadas en el vínculo armónico de la sangre y el amor) degenera en "sociedad" (cuerpo de relaciones sociales fundado en el vínculo del egoísmo y del cálculo).

Sin Naturaleza y sin sociedad, el hombre acaba quedándose sin Dios y sin él mismo. Sin piedad el hombre se desarraigó, se aísla, se subjetiviza, y aboca fatalmente, a través del sentimentalismo, a la decadencia. Recuérdese que la piedad desaparece al quebrarse la armonía interna entre el intelecto frío, egoísta, calculador, orgulloso, y el impulso amoroso que alienta en lo mejor de nuestro ser y nos vincula al Universo. Rotas las amarras nutritivas con lo trascendente y centrado orgullosamente en sí mismo, el espíritu humano se depaupera y sucumbe. Por eso decía con razón Goethe, en carta a Eckermann, que las épocas decadentes son subjetivas y las progresivas objetivas.

EL INMIGRANTE Y SUS ILUSIONES

El hombre que rompe conscientemente los mil lazos que lo vinculan a un entorno obra impulsado por un complejo de poderosas exigencias de su ser. Lo que en el fondo ansía, a la vuelta de múltiples metas parciales, es vivir al debido nivel de hondura. Aunque no sepa en casos dar razón clara y fundamentada de su desazón interna, todo hombre tiene un sentido especial para detectar los ambientes que le producen una irreprimible insatisfacción espiritual. (No se olvide que en el ser humano la razón analítica es sólo una parcela de la compleja capacidad intelectiva.) En última instancia, podemos afirmar que la tristeza que agobia al hombre desplazado procede de la sensación firme, aunque difusa en ciertos casos, de que está viviendo en un plano inferior a las propias posibilidades y, por tanto, a las propias exigencias.

¿Qué exigencias implica una forma de existencia plenamente humana? ¿Qué significa vivir con la debida hondura?

1. Vivir una vida de diálogo, amor y comprensión.

El hombre es "un ser que habita", como se ha dicho, un ser que lleva impresa en su constitución la

tensión hacia los demás, y está menesteroso de ayuda y amparo. Sobre todo de amparo. La ayuda parece hacer referencia a necesidades concretas que exigen la intervención clara, en un momento dado, de una mano amiga. Se ayuda al que ha caído a levantarse, al necesitado a cubrir un bache económico, al ciego a pasar la acera. El amparo alude, en cambio, a una situación conjunta de la vida humana. Nosotros, los hombres, necesitamos en toda circunstancia sentirnos al abrigo. El hombre no puede vivir sino en clima de amparo. De ahí la condición excepcional y dramática de las situaciones de riesgo. Amparo dice relación a espacio vital, a justa medida, a equilibrio en las tensiones internas, a libertad dentro de unas condiciones de seguridad. Por eso el hombre acorta las dimensiones del Universo y se guarece en un hogar, y perfila a lo largo y a lo ancho del mundo circundante los contornos de un pequeño mundo hecho a la medida de su energía vital. De modo análogo, en el nivel cultural, todo intelectual se siente incómodo hasta que estructura un ámbito en que puede sentirse como en su casa. Habitar significa para el hombre, en todos aspectos, evitar el desamparo: la infinitud amorfa de lo demasiado amplio, la estrechez asfixiante de lo excesivamente angosto.

Con gran lucidez deduce Heidegger de la comparación semántica de los verbos alemanes *Bauen* (construir) y *Wohnen* (habitar) que lo decisivo en ambas significaciones es la idea de amparo, de rodear con cuidados aquello que está en trance de desarrollo. Pero ¿qué es lo que, en última instancia, constituye el amparo del hombre? En el sentido físico, evidentemente todo cuanto lo libera de las inclemencias del tiempo y lo pone a salvo de los excesos provocados por el afán de rapiña de animales y hombres. En el plano psíquico y espiritual, las realidades que plenifican su espíritu al sobrecojerlo merced a su interna grandeza. El hombre que no ha perdido el sentido de lo profundo sabe que un ser vibra todo entero, por una especie de simpatía existencial, cuando se encuentra con realidades originarias que constituyen un fenómeno irreductible: una fuente, un relámpago, una cadena de altas montañas, el brotar del lenguaje, la iluminación súbita de la mente, el mundo todo de lo "trascendente", lo fascinante, y, sobre todo, el de lo religioso.

2. Un horizonte de ideales firmes y realidades profundas.

Que, respecto al amparo físico y fisiológico, los modos actuales de habitación satisfacen las necesidades del hombre más exigente es algo obvio y reconocido. Pero el optimismo se quiebra radicalmente cuando se aborda el problema del amparo psíquico-espiritual. La alarma es dada reiteradamente por las

estadísticas que conceden a las enfermedades neuromotoras un puesto de excepción en la patología actual. Pero a la Filosofía compete señalar de cerca las causas de este inquietante fenómeno.

Mucho se habla hoy día de la prisa, la agitación convulsa de la vida actual y su característico mal de "Stress". Y es innegable que la pérdida del tiempo apropiado a la vida auténticamente humana debe, por fuerza, tener consecuencias deletéreas respecto a la buena marcha de la existencia de un ser hecho para algo que trasciende el mero fluir. Pero, si vemos las cosas con hondura, advertiremos que no es la mera aceleración del tiempo vital lo que escinde internamente la psique del hombre, sino la atomización de las facultades, que se sigue a la falta de un punto de confluencia en la actividad vital, a la carencia de ideales firmes y auténticamente valiosos. El hombre que vive sin horizonte de realidades profundas siente que su vida se diluye internamente y queda poco a poco sometida a un proceso de ineludible desintegración. No es, pues, la prisa la causa de la desazón a escala mundial del hombre contemporáneo, sino la superficialidad, que lo priva de amplias perspectivas, y lo fuerza a suplirlas precariamente con un bombardeo incesante de impresiones sensibles, a fin de lograr una sensación fugaz de vida y continuidad vital.

Lo decisivo no es, en consecuencia, que en los núcleos urbanos se viva con mayor celeridad que antes, sino que las condiciones de vida actuales hacen muy difícil, si no imposible, vivir en contacto con las realidades que dan unidad al vivir, y, por tanto, sentido y hondura. Esta desvinculación con lo profundo degenera en desarraigamiento, que es una forma de vida superficial que disuelve la existencia humana en mil actos cotidianos a ras de tierra sin más vínculo unitario que el mero afán de perdurar.

Por muy diversas causas y a través de diversos caminos, la ciudad actual ha llegado a cubrir de tal modo mediante objetos artificiales—fruto de la mano del hombre—las realidades originarias y los momentos límite de la existencia, que sus habitantes se hallan cercados por una malla de fintismo que corta a su espíritu las alas de toda posible evasión trascendente y espiritualista. Aquí cobra todo su valor el lema del Movimiento alemán de Juventud al que laudó en un artículo anterior: "Hinaus in die weite Welt"; "¡fuera, al ancho mundo!"

3. La existencia de ritos que revelan las capas profundas de la existencia.

Piénsese, por ejemplo, en la diferente actitud ante el fenómeno de la muerte que se observa en la ciudad y en la aldea. En ésta parece atemperar la vida su ritmo al son del doblar lento de las campanas, alconjuro del duelo de los familiares. La aldea toma un aire reciamente comunitario al centrarse en torno

al dolor por la ausencia del que se ha ido, a impulsos de esa suerte de instinto de conservación que insta a los supervivientes a unirse frente al peligro. El paso lento hacia el cementerio a través de los campos cultivados, siempre abiertos al misterio de la vida que se oculta en el surco para volver a florecer dando el ciento por uno, es símbolo de la voluntad del campesino de insertar en su vida cotidiana a la muerte, ese momento límite que da sentido a la vida del hombre al tiempo que la hace, por otra parte, imposible. El camposanto rodea amorosamente a la iglesia como en busca de amparo. Los campesinos presienten que muchas tumbas son, en realidad, altares, porque en ellas reposan cenizas de mártires, es decir, testigos de la Resurrección de Cristo, y hacen bien en acodarse, como los apóstoles, sobre la mesa del Maestro para celebrar los santos misterios. A la sombra de la Iglesia reposa el cristiano; la Iglesia, que es para él un lugar donde brota el agua de vida. A la vera de la Iglesia, el camposanto es, en verdad, un "campo de paz", como dicen los germanos.

En la aldea se convive con lo profundo en una intimidad sagrada. Por eso está su vida transida de ritos que le confieren una singular elevación y una figura característica, un "rostro", y con él la capacidad de establecer con el hombre relaciones verdaderas de encuentro. Lo que tiene rostro sobrecoge, como una persona con intimidad, como un acto cargado de significación.

Tardaré años en olvidar la impresión que me produjo la celebración del día de Difuntos en una bella aldea de los Alpes bávaros: Oberammergau. Al caer de la tarde todo el pueblo estaba reunido en el atrio de la iglesia, en torno al monumento a los caídos de la última guerra: un gran ángel de alas abatidas que clava su mirada en la tumba del "soldado desconocido", que se extiende a sus pies y a cuya vera arde un fuego inextinguible. Mientras el párroco rezaba un responso, aquellos campesinos de rostro curtido por la inclemencia alpina, ataviados con sus típicos trajes de pana verde, se acercaban gravemente a la tumba y la rociaban con agua bendita que tomaban de un vaso con una rama de abeto. La banda entonó la melancólica melodía *Yo tenía un camarada*. Hubo una ocasión, me dijo el director al final, en que no pude terminar la pieza; los brazos se me hicieron de plomo y hube de retirarme. Todo el pueblo estaba conmovido. Esta melodía se entonaba aquí cada vez que se recibía la noticia del fallecimiento en el frente de un hijo de este pueblo. En esta ocasión se trataba del tercer hijo que perdía una familia en el plazo de una semana.

En este pequeño pueblo se celebraba la muerte con honores de rito, con la solemnidad debida, con la gravedad que exigen las cosas profundas. Y de estas celebraciones ha quedado un sentido más fuer-

te de comunidad, y un puñado de recuerdos imborrables, ligados a una melodía entrañable, que fecundan la vida de una generación.

Por el contrario, en la ciudad—en muchas ciudades al menos—la muerte no se celebra, no constituye un rito; es, a lo sumo, una cotidiana faena ajetreada que se asemeja peligrosamente a un servicio de limpieza. Y este burdo e innegable prosaísmo le roba a la muerte cuanto tiene de gracia, noble y significativo. Lejos de los hogares en que la vida implacablemente sigue, de la iglesia en que la vida espiritual surgió y se desarrolló, el cementerio de las grandes ciudades se encuentra solo. Y quien tenga sensibilidad para los valores del espíritu sabe bien que esta soledad no es una mera ficción poética, porque esta distancia física, aunque esté justificada por obvias razones de espacio, se traduce muy pronto en alejamiento espiritual. Aquí radica lo grave: que todo en principio es provocado en la ciudad por urgencias prácticas justificadas, y muy en breve provoca reacciones psíquico-espirituales que todos hubieran querido evitar. El proceso de la cultura moderna en general está lleno de semejantes efectos "boomerang", tanto más difíciles de evitar cuanto que en sus comienzos todo viene postulado y justificado por la marcha misma de una evolución que se estima necesaria y fecunda.

4. Una vida de verdadera convivencia.

Esta incapacidad de la ciudad actual para hacer de la muerte un acto ritual de comunidad es consecuencia de la incapacidad previa para hacer de la vida misma un acto de convivencia. Pues sólo se convive cuando se está conjuntamente en contacto con realidades que dan sentido y unidad al vivir. ¿Cuáles son estas realidades? Este es amplio tema que exige más largo espacio.

Hoy termino con una visión sinóptica del tema aquí propuesto. En el amplio recinto de la ciudad cada uno configura a su escala un pequeño mundo. Lo decisivo es ofrecer al ciudadano los medios suficientes para configurarlo del modo más armónico y fecundo posible. Hay que procurar que la mano del hombre no oculte la faz de la naturaleza aherrijada bajo el asfalto; que los edificios no roben el horizonte de cielo a los hombres; que el ahogo de la aglomeración en los medios de transporte y en los espectáculos no sofoque la voluntad de convivencia que acompaña y constituye al ser humano; que haya tiempo y espacio para dar a los momentos cumbres de la vida su debido ritmo; que la existencia vuelva a recobrar su aire festivo, su gravedad solemne a través del rito. Pues el rito confiere "rostro" a la existencia, y sólo lo que tiene rostro sabe decir algo al hombre y encender en su interior la llama de la vida; que la ciudad, en suma, haga posible una vida al nivel del espíritu.

